

La Nana

1º Premio XVII certamen internacional de relato breve José Toral y Sagrista
Manuel Amaro Parrado

Decía siempre la Nana que la vida era una maravillosa caja de sorpresas. Cada vez que ocurría algo bonito ella soltaba su famosa muletilla, como si la fuerza de la repetición pudiera convertir dichos en hechos. La Nana era ya vieja cuando yo era un crío. De estas mujeres de antes que, tras enlutar por primera vez, ya alcanzaban la senectud y nunca más volvían a soltarla. Vivía en una casa con un patio grande lleno de macetones, escaleras herrumbrosas, rincones secretos y un antiguo establo de suelo terrizo al que nunca accedía nadie y que desde siempre fue mi estancia favorita, donde entraba a hurtadillas y jugaba a imaginar cómo había sido la vida allí cincuenta o sesenta años atrás. La cocina desprendía un olor perenne mezcla de cocido y naftalina, y en ella recibía, entre cortes de verduras y pócimas de hierbas silvestres, a gente que la visitaba para pedir consejo, buenaventura o información sobre seres queridos ya desaparecidos. Según contaba papá, la Nana era capaz de comunicarse con los buenos espíritus.

Nuestro padre, crédulo convencido por educación, nos explicó que en nuestra rama familiar existía un don que aparecía raras veces y que, cuando lo hacía, había que encontrarlo y saberlo encauzar. Pero mamá, escéptica y dominadora, se encargaba de hacernos ver que no había que creer en ficciones, que el mundo había que cogerlo por los cuernos y enfundárselo a base de trabajo y llevarse bien con la gente. Lo demás era para vividores, como la Nana, que un día se quedó sin marido y tuvo que buscarse una forma de ganarse la vida sacando los cuartos a los demás, según decía.

Tal vez ese fue el problema, que cuando el don apareció, tuve miedo no tanto de este como de la reacción de mi madre, y por ello me lo guardé para mí solo. Al menos, esa era la idea que me martilleaba la cabeza muchos años después, cuando ya se había convertido en un secreto oscuro e inconfesable. Muchas veces tuve la tentación de hablarlo con la abuela, pero temía que ella, una criatura de luz, se avergonzara de mí y de mis tenebrosas visiones.

Pensaba a menudo en aquella frase de la Nana, la de que la vida siempre es maravillosa. La vida, cuando convives a diario con el hálito de la muerte, no es nada maravillosa. Es gris, te quita la esperanza, te rompe el alma. Lo supe por primera vez cuando apenas era un adolescente y mis padres llegaron de la capital de recoger los resultados de unas pruebas médicas. Los escuché entrar, en silencio, y ya noté algo extraño, como si el aire, de repente, se hubiese vuelto denso e irrespirable. Mamá realizó su rutina de recién llegada: se descalzó ante el aparador, colgó su bolso en una percha, se desanudó el pañuelo negro del cuello, lo dobló y se dirigió a la cocina sin mediar palabra con ninguno de nosotros. Papá, pálido y taciturno, fue directamente al cuarto de baño y se encerró durante más tiempo del acostumbrado.

–Mamá, ¿pasa algo? –preguntó mi hermana. Mi madre se había puesto a fregar las tazas del desayuno.

–No pasa nada y pasa todo –replicó con brusquedad, aunque se le notaba la voz entrecortada y rota de la gente que ha llorado o está a punto de romper a llorar–. ¿Qué quieres que pase? Que a nadie se le ha ocurrido recoger un poco el piso. Eso es lo que pasa. Que llego yo y me encuentro con todo por hacer.

No volvimos a preguntar. Cuando papá salió del baño, nos sonrió con un ejercicio de impostación nada creíble.

Comimos con escaso apetito, porque comer es parte de la rutina. Al terminar el almuerzo, ayudamos a recoger antes de que cada uno se retirara en silencio. La vida maravillosa de la Nana acababa de convertirse en una vida de cartón piedra, rígida, dura y quebradiza por culpa de la muerte. La misma muerte que, pocos días después, se reveló como protagonista de mi don. La misma que nos dejó sin padre apenas un año después, tras un proceso doloroso y eterno que hizo que cambiara mi carácter y mi forma de ser, que perdiera el hilo de los estudios, el contacto con mi madre y que buscara consuelo en amistades cuyas vidas estaban aún más rotas que la mía, unas amistades que dirigieron mi camino hacia un pozo del que ya nunca iba a salir.

Pero, como decía, antes de eso llegó el don, aunque no era tal y como lo esperaba. Mi padre, supongo que en un agónico intento de dejar sus cosas en orden, me regaló su vieja cámara Polaroid. Pasaba los días organizando trastos antiguos que tenía en altillos de armarios, en cajones desastre, en librerías y en alacenas que no se habían abierto durante lustros. Clasificaba cosas y tiraba mucho, pero de vez en cuando separaba algo y, si era electrónico, lo probaba o lo engrasaba con mimo hasta que volvía a ponerlo en marcha. A la Polaroid no le hizo falta mucho, pues bastó con limpiarle el polvo y comprarle un carrete nuevo para comprobar que seguía tan operativa como el primer día.

—Papá —le dije—, esto no renta. Con una cámara digital puedes hacer cientos de fotos e imprimir solo las mejores, si te apetece. O no imprimir ninguna.

—Ese es el problema de ahora, que guardáis miles de cosas en esos discos pequeños que ya nunca más miráis. Los recuerdos terminan por difuminarse si no vuelves a pensar en ellos. Se desvanecen.

Tomé la cámara de mi padre y le pedí que posara para la primera foto. Al principio se resistió, argumentando no tener demasiado buen aspecto, pero al rato se lo pensó mejor y me dijo que sí. Supongo que entendió que ya nunca iba a tener mejor aspecto que en aquel momento, y que, si no le hacía esa foto allí, ya no se la haría nunca. Él mismo se aplicó su propia teoría de los recuerdos que se desvanecen si no quedan inmortalizados.

Hice la foto, y enseguida salió el papel por la ranura de abajo. Papá se adelantó a cogerlo, emocionado, y esperó unos instantes antes de enseñarme el resultado con orgullo.

—Pues no estoy tan mal —comentó con una sonrisa. Era curioso, pero en las últimas semanas su humor había mejorado notablemente. Con el tiempo entendí que, ante lo inevitable, había elegido disfrutar de su tiempo tanto como le fuera posible.

Eché un vistazo a la fotografía y observé que la cara de mi padre estaba borrosa mientras lo demás parecía estar bien. Solo era su contorno, como si se hubiese movido en el instante preciso de apretar el disparador. Se lo dije a papá y él volvió a mirarla, extrañado.

—Yo la veo perfecta —sentenció.

—Sí, todo está bien, menos tú —repliqué, obstinado.

Llamamos a mis hermanos, y ambos me dijeron que la foto había quedado muy bien y que había sacado a papá bastante guapo.

No seguí discutiendo, pero veía aquella imagen tan descaradamente borrosa que una idea empezó a fraguarse en mi mente. Llegó de forma absurda, obvia, como si ya supiera que debía ser así. Realicé algunas pruebas más, a escondidas, y en todas ellas ocurría lo mismo: la imagen estaba bien definida excepto mi padre, que aparecía difuso.

Anduve semanas obsesionado con ello. Gasté mis pequeños ahorros en comprar algunos carretes más para la Polaroid, probé con otras cámaras, pero siempre ocurría lo mismo al retratar a papá, usara el dispositivo que usara.

No era la cámara. Era yo.

Hice fotografías en colegios, en parques, en residencias de ancianos. De vez en cuando obtenía una imagen fantasmal a la que llamé borrón, a veces muy débil y otras veces tan movida que apenas podía distinguir los rasgos de la persona. La primera constatación de mi sospecha llegó pocos días después de mis primeras pruebas, cuando mamá vino de la compra anunciando que habían encontrado al hijo de la Paqui la Rondeña en el váter de un pub, muerto por sobredosis. Enseguida me encerré en mi habitación y revisé todas las fotos de los últimos días. En una de ellas creí reconocer al hijo de la Paqui, sentado con unos amigos en el parque, aunque su cara no era sino una amalgama irreconocible de color ceniciento. Salí con la foto y se la enseñé a mamá. Ella la miró y, al instante, hizo un gesto de dolor.

—Pobre muchacho, míralo, tan joven y sonriente. ¡Ay, qué lástima de esa madre! — exclamó con una profunda tristeza que al pronto tornó en un gesto más tosco y controlador—. ¿Y por qué sacaste tú esta foto?

Le respondí con evasivas y me encerré en mi habitación, a pensar en todo aquello, a evaluar de qué forma podía serme útil. Anticiparse a la muerte era un poder al que debía sacar algún tipo de provecho. Lo que no sabía entonces era que dicho poder ya estaba produciendo un cambio importante en mi forma de ser y de ver la vida.

Los meses pasaron y mi padre, que había sido besado por la muerte, se fue marchitando como una flor cortada hasta que finalmente apagó por completo su luz. En aquel momento, lo que más me dolió fue ver cómo no solo se consumía su cuerpo, sino también su orgullo, su fortaleza, su integridad y su amor propio.

—Míralo, qué guapo y tranquilo está el tito. —La prima Anabel, a mi lado, lo contemplaba a través del cristal del tanatorio. Asentí de forma casi imperceptible.

—¿Sabes cuál era su libro favorito? —En aquel momento me sentía como en un oscuro sueño. Ella negó con la cabeza—. *Cyrano de Bergerac*. Su momento preferido era la escena final. Me la contó tantas veces que al final llegué a memorizarla. ¿Quieres que te la recite?

Tomé su silencio como una afirmación.

—Era algo así como «todo me lo quitaréis, el laurel y la rosa, pero quedame una cosa que arrancarme no podréis. El fango y el deshonor nunca llegaron a salpicarla, y hoy, en el cielo al dejarla en la casa del Señor, he de mostrar sin empacho que, ajena a toda vileza, fue dechado de pureza, y es...».

Permanecí callado unos segundos, intentando que no se me quebrara la voz.

—¿Y qué es? —preguntó. Yo mismo había hecho aquella pregunta a mi padre, cuando me lo recitó por primera vez e hizo una larga pausa teatral.

—«Mi... penacho».

—¿Y eso qué significa?

—Es la pluma que llevaban en el sombrero los caballeros de la época. Representa su orgullo.

En sus últimas semanas, papá había estado inválido, falto de autonomía, obligado a lidiar con un dolor insoportable. La enfermedad no solo le había arrebatado su vida, sino que también le había quitado lo que más preciaba: su penacho. Y aquello me llenaba de ira y de frustración.

Aquel entierro supuso un importante punto de inflexión en mi vida. Mi casa ya nunca volvió a ser la misma. Mamá era una mujer que nunca había mirado más allá de sus propios asuntos: ver telenovelas, mantener su vivienda más limpia que un quirófano y comadrear con el vecindario. Nos había criado, nos había lavado la ropa y nos había alimentado porque, como mujer de otros tiempos, era su responsabilidad y había que hacerlo, pero enseguida descubrimos que papá era la luz, la magia, la persona que siempre resolvía los conflictos y llevaba la paz al hogar. Sin él, todo se derrumbó. Mamá decía que mis hermanos ya podían buscarse la vida para colaborar, pues apenas iba a llegarnos con su paga de viudedad. Y a mí me decía que, si no valía para estudiar, más de lo mismo.

Aunque era el más pequeño de la familia, fui el primero en tomarle la palabra poco antes de cumplir la mayoría de edad. Irme de casa no fue una decisión meditada, sino más bien un impulso alentado por una discusión de tantas. Agarré cuatro cosas básicas y dije que me marchaba. Antes de salir por la puerta, mientras atravesaba el pasillo, escuché a mi hermano pedirle a mamá que hiciera algo, a lo que ella, con el mismo tono de voz que habría puesto para decir que apagaras el calentador, replicó que ya volvería cuando tuviera hambre. Sentí hambre muchas veces, pero nunca volví.

Lanzarme al mundo con lo puesto tuvo consecuencias inmediatas. La primera fue que mis amistades cambiaron porque la calle obliga. Los nuevos amigos me ofrecieron, sin pedir nada a cambio, aquello que con más urgencia necesitaba: un techo donde resguardarme y trucos para meter en el bolsillo algo de dinero, pero también me acostumbraron al alcohol y a otros vicios. No tardé mucho en ser un habitual de las comisarías locales, aunque siempre por asuntos de poca monta. En cuanto aprendí a valerme por mí mismo, dejé aquella pequeña ciudad de rancio abolengo y me marché a la capital. Rompí mi teléfono de tarjeta prepago, para asegurarme de que ninguno de los míos me llamara nunca más, aunque tampoco esperaba que lo hicieran. Lejos quedaban aquellos primeros días en los que, tirado en un camastro en el suelo de un piso ocupado, había revisado una y otra vez la agenda de llamadas y mensajes. El desamparo es una sensación que, con la caricia del tiempo, acaba por encallecer hasta formar coraza.

Tampoco ellos hicieron intento alguno por localizarme, supongo que horrorizados por las cosas que se estaban contando sobre mí. Tuvieron que pasar diez años hasta que necesité volver a la ciudad para ver a la Nana.

Aquella noche, después de tomar unas copas, de hacer unos cobros, de romper unas cuantas falanges y esterilizar a un par de malos pagadores, acabamos en un prostíbulo, pues donde hay dinero no hay queja, reparo, molestia ni estrechez. Allí vaciamos nuestros bolsillos hasta el amanecer y al salir, antes de subir al coche, les pedí a los colegas que posaran para una foto. Cuando miré el visor de la pantalla, la sangre se heló dentro de mis venas: todas sus caras se presentaban ligeramente borrosas.

—¿Qué te pasa, socio? ¿Vas a potar?

—Joder, no —me apresuré a decir.

Y entonces vomité.

Durante los dos días siguientes me quedé al margen de los negocios que habitualmente nos movían. Sin negocio, no había pasta. Y acostumbrábamos a gastar, prácticamente a diario, tanto como ganábamos. Cobré un par de deudas que tenía pendientes, vendí un reloj y un cordón de oro y, con los bolsillos llenos de dinero, me monté en un autobús para ir a consultar a la Nana. No quería estar cerca de mis colegas porque, a juzgar por el

borrón tenue de la foto, no tardarían más de unas semanas en pasar a mejor vida. Y, según mi filosofía de vida, la muerte llama a la muerte. Cuando la señora iba a por alguien, lo mejor era no estar cerca.

Pero pronto descubrí que mi mayor problema no era aquello que estaba a punto de ocurrir a mis amigos, fuese lo que fuese. Me bastó con hacer un par de fotos en el bullicio de la estación de autobuses para saber que no podía ver con claridad el rostro de nadie.

Empecé a sudar, a marearme. No entendía qué podía significar aquello y mi cabeza volaba hasta imaginar todo tipo de horrores. Tal vez fuese un fallo de la cámara, pero realicé algunas tomas en lugares inanimados y comprobé que todo podía verse nítido y con detalle. Eran solo las caras de las personas. Todas las caras, sin excepción. Todos iban a morir pronto, y una pregunta asaltó mi mente: ¿a causa de qué?

Tal vez fuese yo el que iba a morir, y de ahí que los viera a todos muertos. Una ironía poética que reescribía las reglas de mi pequeño don. Morir es perderlo todo, ergo perderlos a todos. Me bastaba con fotografiarme a mí mismo para salir de dudas, pero me había jurado mucho tiempo atrás que jamás me miraría en una foto. Todos mis amigos lo sabían. «Nada de fotos conmigo porque roban el alma», les decía medio en serio, medio en broma. Ellos se reían de mi manía pero la respetaban, en cierto modo movidos por mi habitual mal temperamento y mi gusto por escuchar cómo se quiebran los huesos. Cuando alguien te toca las narices y lo dejas en silla de ruedas tres meses, nadie más te las toca en mucho tiempo. Es la ley de la calle. Lo mío con las fotos no era simple manía sino cosa seria, todos mis conocidos lo sabían, y los nuevos no tardaban mucho en aprenderlo. Si eran listos, por las buenas.

Tuve la tentación de hacerme una fotografía, pero desistí al instante. Tenía pocas reglas, pero siempre me había ido bien respetándolas. La primera, huir de la muerte. La segunda, no hacerme fotos. ¿Por qué necesitaba saber cuándo iba a morir si no podía cambiarlo?

Viajé hasta el pueblo y alquilé una habitación sencilla en uno de los pocos hoteles de la ciudad, donde pasé la noche mirando al techo, sin poder conciliar el sueño. Las fotos que empecé a hacer en aquel lugar presentaban la misma evidencia que las anteriores, de modo que algo gordo estaba a punto de ocurrir, y no parecía algo concreto en un lugar aislado.

Por la mañana paseé por las inmediaciones del piso en el que me había criado, escondido bajo un abrigo ancho, una barba de un mes y una gorra gris. Había pasado página en lo que respectaba a mi antigua vida, pero los ruidos y los olores de aquellas calles, con la pescadería de la Puri en la esquina, el taller del Jota cuyos coches mal aparcados impedían el paso fluido de otros vehículos y la lavandería aún funcionando bajo su viejo portal hicieron que por un momento volviera a sentirme como el niño que una vez no supo que existían los problemas y fue feliz. El niño que tantos sueños tuvo como perdió.

Tras unos segundos de vacilación, me dirigí a la casa de Nana. Los recuerdos de infancia crean una extraña y engañosa sensación de bienestar que, una vez pasada, se convierte en un gancho de derecha directo al mentón. Más o menos como las drogas.

A dos calles de mi destino, vi a la Nana a lo lejos, caminando con un garbo impropio de su edad. A pesar de no haberla visto en tantos años, seguía llevando el negro por el abuelo. Cuando, de chavales, le decíamos que el luto no iba a devolvernos a nadie, ella nos decía que éramos demasiado jóvenes para saber qué era el dolor, que cada cual lo afrontaba como podía y sabía. En mi caso, solo una vez había sentido la desesperación del dolor más absoluto, cuando la muerte de papá, y hasta entonces no me había detenido a pensar que en vez del

negro exterior de la Nana, yo había abrazado la oscuridad, pero en mi interior. De una forma u otra, el luto era una carga que había que llevar.

Cuando la vi llegar a su casa, aceleré el paso y, justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, le di una voz desde la acera de enfrente.

–¡Nana!

Ella asomó la cabeza y me miró con curiosidad, supongo que intentando averiguar quién era aquel hombre sacado de una novela de Chandler, con gafas de sol, cabeza cubierta, abrigo largo y barba de algunas semanas.

–¡Estás muy cambiado, bribón! –exclamó, aún a unos metros de distancia.

–Creía que no me ibas a reconocer.

–Solo hay tres personas en este mundo que me llaman Nana, y no te pareces a ninguna de las otras dos.

Permanecí quieto a medio metro de ella, sin saber qué hacer. De todo lo que había dejado atrás cuando salí de casa, la Nana era lo único a lo que podría haberme aferrado para volver. Supongo que era porque se parecía mucho a mi padre, porque siempre tenía una palabra bonita que decirte cuando te sentías mal, porque incluso al regañarte ambos utilizaban un tono y unas formas que, lejos de humillarte, solo te hacían sentir la imperiosa necesidad de no decepcionarlos más. Pensar en papá rompía todas mis defensas y me volvía más vulnerable de lo que me había sentido en los últimos años. Intenté volver al presente, pero entonces la Nana dio un paso adelante y me abrazó, y el presente me golpeó con la fuerza huracanada de todos los recuerdos de una infancia que creía haber desterrado para siempre.

–Mi niño chico...

Su pelo, de un gris precioso, casi azulado, olía a flor de lavanda. Su ropa desprendía una combinación de aromas a caramelo, a especias, a jabón casero, que mi cerebro reconstruía de forma autónoma hasta convertirlos en un aluvión de imágenes, de sensaciones, de colecciones de cromos, de costras en las rodillas, de fantasías rotas que ni siquiera recordaba haber tenido. De repente, casi sin darme cuenta, estaba llorando, y por más que luchaba por mantenerme rocoso y dejar de sollozar, no lo conseguía.

La Nana se dio cuenta de ello y le hizo un favor a mi orgullo. Me soltó, se giró y entró en la casa, dándome unos segundos para recomponerme. Mientras ella subía algunas persianas y recolocaba las fundas de los sofás, yo permanecí en el zaguán, mirando las mismas fotos que siempre habían decorado tanto el aparador como las paredes.

–Deja ahí el abrigo y ven al salón. Te traeré un plato de gachas. Las he hecho esta mañana.

–Hace una eternidad que no como gachas –comenté, aturdido. Hacía tanto tiempo que nadie cuidaba de mí que, sin desearlo, había bajado todas las defensas que el tiempo, la soledad y la calle habían engarzado, como una costra invisible, en torno a mi persona—. ¿Y por qué has hecho gachas, Nana? ¿Esperabas visita?

La Nana, acarreado dos tazones bien hondos, sonrió con la misma risa pícara, cascada y ronca con la que reía papá cuando se tiraba un pedo silencioso y alguno de nosotros se daba cuenta.

–Te esperaba a ti.

–Ni siquiera yo sabía que iba a venir. ¿Te lo han dicho tus espíritus?

–Los espíritus son unos canallas que te cuentan lo que te quieren contar, y siempre de forma enigmática.

–Cuando dices enigmática, igual quieres decir interpretativa.

La Nana alzó la mirada y vino a decirme, sin necesidad de palabras, que no siguiera transitando por aquel camino pedregoso.

–El médico me ha dicho que no tome dulces. Yo ya le he dicho que cuando se cumple una edad, no hay que quitarse de nada, que prefiero tres días disfrutando que seis pasando fatigas, así que hago gachas para las visitas y aprovecho para tomarme yo unas, que tomar dulces a solas es de locas.

Me metí una cucharada grande en la boca y la mantuve en el interior, queriendo guardar para siempre aquella sensación tan poderosa que, sin querer, me arrastraba a quince años atrás.

Mi abuela se puso seria, de repente. Dejó en la mesa camilla su cuenco y me pidió que le diera la mano. Sabía lo que eso significaba, así que no lo hice. Me asustaba pensar que sus espíritus le contaran más de lo que yo estaba dispuesto a compartir de mis últimos años. Pero a la Nana le dio igual, porque decidió que lo que no le contara el más allá podría averiguarlo con solo interrogarme.

–¿Por qué nunca me hablaste de tu don?

–¿Cómo has sabido que tengo un don?

–Los seres del más allá se encuentran muy agitados y apenas me cuentan nada de lo que les pido. Dicen que está cerca el día del reencuentro.

–No te vayas por las ramas. Eso no explica que sepas lo mío.

–A ti te vi en un sueño, pero no eras tú sino el niño que yo recordaba que eras. Había alguien que llevaba un sombrero de ala ancha con una pluma de color encima. No pude verle la cara, era como si la hubieran borrado con una goma sucia. Este ser se acercaba a unos y otros y, cuando los tocaba, estos perdían su luz y caían. Supe entonces de quién se trataba y, por un momento, creía que era mi hora y que venía a por mí. Pero entonces apareciste tú, y la criatura del sombrero se te acercó de frente, sin prisa alguna. Al estar a tu lado, vi lo alta que era. Te sacaba tres cabezas, pero se puso a tu nivel arrodillándose de una sola pierna. Entonces te besó y, mientras te besaba, tú le robabas la pluma del sombrero.

–Y morí –finalicé, con la certeza de que había tenido un sueño premonitorio.

–No –me corrigió, con seriedad–. No solo tu luz no se apagó, sino que parte de su oscuridad entró en ti. Y entonces lo supe. Supe que tenías un don relacionado con la Muerte. Y entendí muchas cosas que habían ocurrido.

Permanecimos en silencio un rato. Una gata tricolor había entrado con sigilo en la estancia y, tras refregar su lomo contra la pierna de la Nana, reparó en mi presencia y continuó su camino, con indiferencia, hasta una banqueta situada junto a la ventana, al sol, donde se hizo un ovillo y se durmió.

–Debiste acudir a mí –me reprochó.

–Me asusté. Creía que era una maldición que nada tenía que ver con la bendición que tú poseías.

–¿Una bendición lo mío?

–Tú ayudas a la gente. ¿Y yo qué? ¡Solo veo cuándo van a morir! ¿Para qué necesita nadie saber cuándo va a morir?

Ella suspiró, como si entendiera perfectamente lo que intentaba explicarle. En ese momento supe que para ella tampoco tuvo que ser fácil al principio.

–¿Tú crees que los espíritus solo me hablan de Buenaventuras? Es muy complicado hablar con los seres del más allá. Algunos se muestran reacios a obedecer instrucciones de los vivos y, por ello, son maliciosos e intentan confundirte. Otros llevan tanto tiempo fuera de nuestro mundo que ya ni siquiera recuerdan nuestro idioma. Mi tarea es interpretar lo que me dicen y comunicar a los vivos solo aquello que pueda ayudarlos. A veces, incluso, me veo en la obligación de manipular certezas.

–Mentir –maticé, mostrando una terca impertinencia que la Nana, a juzgar por su severa mirada, no aprobaba.

–No me gusta llamarlo así –me corrigió enseguida–. No es mentira si va a hacer un bien.

Asentí, más por arrepentimiento por haber puesto en tela de juicio su intencionalidad para con la gente, que por estar convencido de su argumento. De haber sido cualquier otra persona, no habría soltado aquel bocado dialéctico con tanta facilidad, pero era la Nana, y a la Nana le debía un respeto.

–Tengo un problema, Nana. He venido por ello.

–Lo sé. Últimamente todos los presagios traen pésimos augurios. Cartas, nubes, café, espectros, hojas de los árboles, números, astros... todo indica que se acerca un acontecimiento inusual en la historia reciente de los hombres. Una gran catástrofe.

Aunque pudiera resultar contradictorio, las palabras de la Nana produjeron en mí un alivio absurdo. Alivio porque mi paranoia al interpretar la muerte de todos los demás y pensar que no se trataba más que de la mía había resultado ser una estupidez. Y absurdo porque lo más probable era que el advenimiento de aquello que fuese a provocar el apocalipsis anunciado, también acabaría con mi vida. La única forma de estar seguro de ello era retratarme a mí mismo, pero era algo que había prometido no hacer nunca en la vida.

–¿Qué tipo de catástrofe? –le pregunté.

–Esperaba que tú pudieras ofrecer más información al respecto.

–Pues ya ves que sé menos que tú.

–Igual lo importante no es lo que sepas, sino lo que puedas llegar a saber. Háblame de tu don.

–Sé cuándo a la gente se le acerca la hora, si esta es cercana. –Hice una pausa y luego concreté–: Necesito imágenes congeladas, fotos, para hacerlo.

Me pidió detalles y conté, por primera vez en mi vida, todo lo que había aprendido acerca de mi extraño poder. De cómo había llegado a estimar, con una precisión bastante asombrosa, los días que les quedaban a aquellos que ya habían sido tocados por los dedos de la Muerte. Intuía que teníamos unas dos semanas para conocer y adelantarnos a aquello que estuviera por venir.

La Nana me escuchó en silencio, visiblemente consternada. Abrió la boca varias veces, pero luego volvía a sumirse en un diálogo interior del que ella misma parecía no sacar nada en claro. Finalmente, su rostro se iluminó, y lanzó su pregunta.

–¿Sabes si puedes... intervenir?

–Creo que no –repliqué al instante. Aquella fue la primera pregunta que yo mismo me había planteado tras conocer mi don.

–¿Crees?

–Con la Muerte no se juega, Nana. Si sigo vivo es porque me he alejado tanto como he podido de aquellos que han sido besados.

–Sigues vivo porque eres joven, y lo natural en este mundo es que los jóvenes vivan.

–Tal vez en tu mundo. –De repente, ella me miró y creo que por primera vez dejó de ver al chaval descarado, de lengua ágil pero inocente, que antaño había conocido, para contemplar al frío hombre sin alma en el que me había transformado–. En el que yo vivo gastamos a diario lo que ganamos porque nunca se sabe si tendremos un mañana en el que invertir.

–¿Has matado a alguien? –La pregunta me cogió completamente por sorpresa. Evité responder, sabedor de que con ello estaba respondiendo.

–Tuve un buen amigo hace algunos años –empecé a contarle–. Me enseñó mucho, y me salvó de la muerte y de la prisión en incontables ocasiones. Lo quería más que a un hermano. Un día le hice una foto, y entonces supe que no le quedaba mucho tiempo. Mi amigo acababa de romper con una chavala que lo tenía loquito y se encerró durante días sin querer cuentas con nadie. Sabiendo lo que sabía, me temí que hiciera alguna locura, así que pasaba con él el día entero con la excusa de darle compañía. Todas las noches le hacía una foto, mientras dormía, y contemplaba su rostro cada vez más borroso. Supe que el momento estaba al caer, y entonces tomé una decisión que no había tomado antes: intervenir, porque ya no estaba tranquilo cuando bajaba a comprar tabaco o comida, ni siquiera cuando me duchaba.

Me detuve en ese punto y me eché en un vaso un poco de agua de una jarra que había traído la Nana. Ella permanecía congelada, expectante. Bebí un trago corto y continué:

–Lo convencí para que nos fuésemos de la ciudad. Marchamos a Madrid y alquilamos una habitación de un hotel en el que seguro nos tomaron por maricas. Había conseguido que su humor cambiara. Si volvía a ser feliz, tal vez evitara su muerte. Necesitaba conseguir solo un día más para él y, así, romper con el hechizo de la imagen borrosa. Salimos de fiesta, bebimos bastante y tomamos un poco de todo, y a partir de ahí la noche se me hizo confusa.

–¿Murió?

–Sí. –Me di cuenta en ese momento de que tenía las mejillas húmedas de lágrimas. No me importó porque con la Nana todo resultaba de lo más natural, incluso llorar lo que no había llorado desde la muerte de papá–. Lo encontraron tirado en el váter de una gasolinera, con una jeringa pinchada en el brazo.

–Era su momento. Llegó su hora porque era drogadicto.

–No, no lo era, Nana. Ese pinchazo no fue cosa suya. En mi mundo hay muchas formas de ajustar cuentas. Lo dejé solo y tocó algún resorte que no debió haber tocado. Tal vez una mala palabra a quien no debía, tal vez un acercamiento inoportuno a la chica equivocada.

Ella se levantó y regresó a la cocina, supuse que para traerme cualquier otra cosa. La Nana era una de esas mujeres antiguas que todas las penas, hasta las del alma, quería curarlas con comida. Pero no fue comida lo que trajo, sino una botella de aguardiente y dos vasos pequeños de chupito. Llenó los dos vasos casi al ras, hizo gesto de brindar y se bebió el suyo de un solo trago, para mi sorpresa.

–Tu amigo se merecía un brindis. Cuando alguien se ha ido para siempre, recordar y brindar es lo menos que podemos hacer. –Hizo una pausa, y luego añadió–: Y olvidar, que algunos desgraciados no se merecen más que eso.

–Vamos a morir todos, Nana –le dije, en voz baja.

–Para eso estamos aquí –replicó, convencida–. ¿Te has visto a ti mismo?

–Nunca me hago fotos. Si no puedo hacer nada por evitar mi propia muerte, no quiero saber cuándo se va a producir. Solo utilizo lo que veo en los demás para alejarme de ella.

–Todavía tenemos alguna posibilidad de evitar lo que sea que vaya a ocurrir.

–¿Cómo?

–Adelantándonos.

No sabía cómo podíamos adelantarnos a algo que ni sabíamos qué era ni dónde se iba a producir.

–Tenemos unas dos semanas para obtener más información, según tú. Harás fotos en la calle, a todo el mundo, en todos lados. Me resisto a pensar que no habrá supervivientes. En cualquier catástrofe, siempre ha habido supervivientes.

–¿Y si los encuentro?

–Cuando los encuentres, tocará averiguar por qué ellos. Y entonces podremos ofrecerles una oportunidad a otros.

Intenté decirle a la Nana que, en asuntos de vida o muerte, no convenía compartir información con la gente. Cuando está el pellejo en juego, cada cual mira por lo suyo, y ofrecer tu refugio a otros puede derivar en que termines por perderlo.

–Hagámonos una foto, Nana –le propuse, con el móvil en la mano.

–¿No decías que no te atrevías a mirarte?

–Pero ahora estoy convencido de que voy a morir. Quiero saber cuándo, y quiero saber si puedo revertir la situación, ahora que no tengo más remedio que luchar por ello.

Ella asintió. La abracé, poniendo mi mano sobre su hombro huesudo, y estiré el brazo hasta encuadrarnos a ambos en mitad de la pantalla. Sonreímos, como si por un momento hubiésemos olvidado la trascendencia de lo que íbamos a hacer. Me quedé absorto en aquella sonrisa, sabedor de que, en cuanto apretara el botón, lo más probable era que aquellos labios se convirtieran en un borrón difuso.

Disparé.

Abrí la galería, sintiendo cómo me temblaba la mano mientras lo hacía. Y entonces supe la verdad.

Y la verdad me hizo ver el mundo con otros ojos.

La cara de la Nana aparecía borrosa mientras que la mía era nítida, con una sonrisa plena que casi aparentaba felicidad. El veredicto era bien claro: iba a sobrevivir.

–¿Qué ves? Dime.

–Dos caras borrosas –mentí, en un acto reflejo que aún no sabía a qué atendía.

–Bueno, era lo que esperábamos, ¿no?

–Sí, era lo que esperábamos.

La Nana me dijo que iba a consultar a los espíritus mañana, tarde y noche, que no los dejaría descansar hasta que alguno le diera alguna nueva pista. Mientras tanto, yo debía recorrer calles, parques, grandes almacenes, naves industriales, con mi cámara en mano, con objeto de encontrar a los futuros supervivientes. Estos, de una forma u otra, nos darían la clave para hallar la salvación.

Salí a la calle, ya casi anochecido. Mi abuela me había ofrecido que me quedara con ella, que tenía sitio de sobra para mí, pero me excusé diciéndole que había gente que me esperaba, pero que volvería en unos días. Le mentí, y creo que ella lo sabía porque me abrazó con la fuerza de quien te quiere e intuye que puede ser la última vez. Aquel abrazo me hizo sentir sucio, terminó de quebrarme el alma, pero ya había tomado una decisión y no iba a dar marcha atrás.

La primera regla era permanecer alejado de los que iban a morir.

